

Arte, Arquitectura y Urbanismo en la España de 1898

Fernando Chueca Goitia

Arbor CLX, 630 (Junio 1998), 237-244 pp.

La catástrofe de 1898 ha dado lugar a una copiosa literatura donde lo político y lo militar ha sido tratado en extenso, así como su repercusión en las letras a través de la llamada «Generación del 1898», y sus preclaros escritores.

Pero se ha dicho muy poco de la influencia que este hecho histórico tuvo en el arte, la arquitectura y el urbanismo de aquellos años y de los que siguieron. Éste es el objeto de este modesto trabajo que me solicitó la Revista ARBOR.

Como explico en mi artículo, España en los años anteriores a nuestra guerra con los Estados Unidos, vive una época de relativa prosperidad que se explica perfectamente por su arquitectura que se desarrolla en Madrid, Barcelona, Valencia y, en general, en toda España. Si esta relativa plenitud no hubiera tenido lugar, acaso los españoles no hubiéramos tenido la osadía de enfrentarnos con los Estados Unidos, cuya potencialidad desconocíamos.

Luego en el mismo artículo, se trata de lo que pasó tras el aldabonazo de 1898 y que puede resumirse en un afán de regeneración y de vuelta hacia las raíces hispánicas en nuestro arte y arquitectura. En la arquitectura representan este movimiento Urioste, Sallaberry y más tarde Rucabado.

En la pintura coinciden con la Generación literaria del 98 hombres como Regoyos, Zuloaga, Sorolla y los hermanos Zubiaurre.

La pérdida de los restos de nuestro imperio colonial en Cuba y Filipinas ha dado lugar a una copiosísima literatura donde a los ayes lastimeros se suman los impulsos regeneracionistas y un general propósito de enmienda que fundamentalmente se basa en la afirmación de los valores españoles o españolistas.

Esta remoción de tensiones que produce la tragedia, la protagonizan sobre todo los escritores, los literatos. Todo el noventa y ocho se transforma en literatura más o menos acerba y los que llevan la voz cantante son los famosos escritores de la generación del 98: Unamuno, Maeztu, Baroja, Azorín, Valle-Inclán y Machado en primer lugar. En todos, en mayor o menor grado, es fácil que prenda la amargura, y todos comparten el amor a España con una pesimista valoración de su estado, de su salud y de su desarrollo.

Quién sabe si incurren en contradicción, pues aspirando a una modernidad que saque a España de su letargo, todos sus amores, van a los viejos pueblos, a las casonas vetustas, a los paisajes recios y esteparios de Castilla, a los viejos romances y a las conductas estoicas de los sufridos hidalgos.

Y como todos ellos llegan a Madrid, atraídos por el imán insuperable de la corte, allí depositan su amargura y su frustración. Todos ven y entienden a Madrid como la corte de la farándula, como el lugar de todos los vicios y concupiscencias, como el lugar donde medran los audaces y desaprensivos. Allí donde no hay más que podredumbre y miseria, desolación y vulgaridad, chulería, majeza y matonismo.

Y aquí volvemos a la contradicción. Encuentran lo que buscan, dejando de ver lo que en ese Madrid denostado puede haber de moderno y positivo. Baroja en su trilogía *«La lucha por la vida»*, escarba en los viejos fondos del hampa que son aquellos que pueden arrancar de su pluma las mejores páginas que puedan transmitir un mensaje acorde con su carácter. Unamuno resbala por Madrid envuelto en su soliloquio y sólo es profeta de voz tonante en el Ateneo. Azorín, el más sutil de todos, se esconde en sus hallazgos literarios, en el encuentro de raros y exquisitos que él paladea y hace paladear a sus lectores. Madrid para Azorín, en sus cafés, en las redacciones de los periódicos, no es más que un escenario donde desfilan los hombres de letras. Algo así como el «Plateau» para el cineasta o para el realizador de Televisión.

Machado se asoma a la ventana y mira las crestas nevadas del Guadarrama, viejo amigo... Valle Inclán está lejos, entre las brumas de su Galicia y los oropeles románticos de sus Sonatas. Estaba un día en el Café Lion de enfrente de Correos y hablé un rato con él.

Ceceaba con su lenguaje carrasposo de viejo pirata manco, y no me contestó a nada de lo que yo le pregunté. Me soltó una perorata totalmente fuera de lugar. Para eso era un genio.

Pero en fin de cuentas los escritores del noventa y ocho parece que detestaban Madrid, o en último término les era indiferente.

España durante el siglo XIX, había vivido una agitada vida de forma espasmódica. A etapas de cerril oscurantismo, sucedían otras de febril liberalismo; a déspotas militares, hombres de levita deseosos de primar las virtudes civiles. A épocas de reformismo otras de sedentarismo.

En los años que precedieron al noventa y ocho, España gozó de una época de calma y serenidad, con los partidos turnantes y con una aparente democracia parlamentaria. Podrían estar amañadas las elecciones, podían moverse a sus anchas los caciques y los oligarcas, pero las cosas marchaban y un cierto progreso material anunciaba días mejores. Y todo esto lo vino a romper la catástrofe del noventa y ocho, que, queramos o no, dejó a los españoles paralizados, confusos y vacilantes. Pero... ¿no éramos nosotros los mejores, los invencibles, los herederos de los tercios de Flandes, los verdaderos descendientes de Don Alvaro de Bazán, y en cambio los yanquis, unos recién llegados casi sin historia y sin leyenda?. Qué torpes estuvimos, cómo se nos nubló la vista y todo por ignorante vanidad y desprecio del enemigo.

Si la coyuntura que se produjo el año 1898 se hubiera producido el 68, cuarenta años antes, o en tiempos de la primera república, no hubiéramos ido a la guerra con los Estados Unidos. Nos hubiera faltado decisión y confianza en nosotros mismos, y las cosas hubieran ido de otro modo. Pero España estaba en el 98, en un periodo de cierta plenitud y seguridad y creyó ser lo que no era.

Dirán Uds. ¿Cómo se mide ese periodo de plenitud que no vieron, por otro lado, los escritores de la generación del 98?. Pues se mide por un índice que rara vez los historiadores consideran o consultan. Por la arquitectura.

Madrid, durante los años postreros del reinado de Isabel II y los de la Restauración Alfonsina, hasta el mismísimo año 1898 se transforma de una manera inconcebible. Se alzan grandes monumentos como el Congreso de los Diputados, los palacios del Marqués de Salamanca, Abrantes, Gavia y Linares; el Tribunal de Cuentas, la Biblioteca Nacional, el Banco de España, la Bolsa de Comercio, el Ministerio de Fomento, la Real Academia de la Lengua, la Equitativa, hoy Banco Español de Crédito, la Estación de Atocha, monumentos que hoy enaltecen a Madrid y le dan rango de capital europea. Quiero destacar

que todos estos edificios se hicieron antes de que sonara la aciaga fecha de 1898, y que se deben a arquitectos tan preclaros como Narciso Pascual y Colomer, Aníbal Álvarez, Francisco Jareño, Eduardo Adaro, Enrique Repulles y Vargas, Ricardo Velázquez Bosco, Miguel Aguado o José Grases Riera.

Luego no tan desmedrado estaba el Madrid anterior al noventa y ocho y otro tanto sucedía en Barcelona donde la figura más importante de este momento es la de Elias Rogent que coincide en determinados aspectos sobre todo en cuanto a severidad arquitectónica con Francisco Jareño. Es el autor del imponente edificio de la Universidad de Barcelona, austero y goticista con aspectos que le emparentan con el ROUNDBOGENSTIL alemán.

El modernismo catalán con las figuras de Antonio Gaudí (1852-1926), Domenech y Montaner (1850-1923) y José Puig y Cadafalch (1867-1956) se puede decir que se encuentra a caballo entre el *pre* y el *post* noventa y ocho y Cataluña, ensimismada en su goticismo vernacular y en su modernismo medievalista resulta inmune a la trayectoria casticista que seguirá al noventa y ocho.

Valencia es hija y sucesora de Barcelona con arquitectos como Soler y March, Mora Berenguer y Demetrio Ribes. En Zaragoza fueron pre noventa y ochistas Ricardo Magdalena (1849-1910) y Félix Navarro (1849-1911) que cultivaron un estilo ecléctico regionalista precursor del que llegará más tarde. Otras ciudades españolas, en pleno florecimiento, dan pruebas de un renacimiento arquitectónico no desdeñable.

Hablemos ahora un poco de Urbanismo. La gran realización urbanística en el Madrid de Isabel II, fué la Reforma en la Puerta del Sol. Fue una reforma muy discutida, muy estudiada en numerosos planos y soluciones y al final muy acertada con el concurso de todos. Intervinieron arquitectos como Lucio del Valle, Juan Bautista Peyronnet, Juan Madrazo y otros. Cuando Edmundo de Amicis llegó a Madrid en el séquito de Amadeo Saboya, se quedó prendado de la Puerta del Sol y describió, con pluma entusiasta, tanto el escenario como la multitud de personajes que la llenaban de vida con su algarabía y diversidad. Con sus fachadas uniformes, con la suave curva que forma anfiteatro en torno a la vieja Casa de Correos, que la preside, la reforma de la Puerta del Sol, realizada en torno a 1857, es la perla del urbanismo madrileño.

Luego el urbanismo decimonónico dará nacimiento a lo que en la reforma interior de las ciudades han sido llamadas las grandes vías. No ha habido ciudad que se precie que no haya querido contar con su Gran Vía. La calle de la Paz en Valencia, la calle Alfonso I en

Zaragoza, la de Larios en Málaga, son nuestras mejores vías porque en ellas predomina la uniformidad de fachadas típica del urbanismo barroco que ya empieza a perderse en la Gran Vía de Granada, para llegar a la gran ruptura de la ley en la Gran Vía de Madrid, la última y la más enfática de todas. Las grandes vías con fachadas uniformes representan la época anterior a la pérdida de las colonias en 1898, y las de la ruptura de la ley las posteriores.

Tampoco debemos olvidar un intento llevado a cabo en materia urbanística por Arturo Soria y Mata en 1882. Nos referimos a la Ciudad Lineal, situada a siete kilómetros del centro de Madrid, y que va desde la carretera de Aragón al pinar de Chamartín, en una longitud de 5.200 metros. Esta Ciudad Lineal que supone la contribución más original de España al urbanismo decimonónico, ha sido más estimada en el extranjero que por nosotros.

La Ciudad Lineal, homologaba el valor de los solares, resolvía el problema de las comunicaciones con una Vía única, y ponía a sus habitantes en contacto con la naturaleza. Hoy esto ya no tiene la misma vigencia, pues la ciudad ha crecido tanto que el campo ha desaparecido entorno a la urbanización creada por Soria y la ciudad tentacular ha digerido la línea pura de su creación.

También Soria, había imaginado su ciudad antes de la explosión del automóvil y antes de que el desarrollo de las ciudades fuera más allá de todas las previsiones posibles. Desarrollo que había sido preparado por los planes de ensanche que en el terreno urbanístico fueron, pasada la mitad el siglo XIX, la principal tarea que se impusieron los urbanistas. Madrid tenía que romper el cinturón de tapias entre las que estaba encerrado desde los tiempos de Felipe V y salir al exterior según el plan que trazó Carlos María Castro en 1860. A Barcelona le pasó lo mismo, tuvo que ensancharse según la tutela del Ingeniero Ildefonso Cerdá. Bilbao, San Sebastián, Pamplona, prepararon como otras muchas ciudades sus planes de ensanche que proyectados antes de 1898 han seguido vigentes a lo largo de todo el siglo XX.

Pero veamos ahora lo que pasó después del aldabonazo de 1898 en la arquitectura española. La hemos visto, no exenta de monumentalidad y arrogancia en la época de la Restauración y la Regencia, cuando se van acercando las tristes jornadas de la catástrofe de 1898. Hemos visto cómo Madrid aparte de los monumentos culminantes renueva su acervo urbano, sus casas de renta, más lujosas o más modestas, hasta convertirse en una ciudad básicamente decimonónica, perdiendo el acento de ciudad histórica y dejando el Madrid de los Austrias representado sólo por un grupo de iglesias y monumentos inconexos.

Se crea entonces la verdadera casa madrileña que ennoblece a la ciudad y le da carácter y personalidad. ¿Cómo es la casa madrileña? Es una casa sencilla pero entonada. De cinco o a lo más seis pisos. Con basamento generalmente de granito y huecos de balcón en los sucesivos pisos, a veces encadenados y con modesta guarnición de escayola. Ponen su coquetería las casas madrileñas en la cerrajería de sus balcones y miradores, cuando los hay. Se coronan, siempre por un hermoso alero, muchas veces de madera y con ricos modillones o ménsulas. La casa madrileña es perfecta en su discreta elegancia.

Se extremaron en cultivar la típica casa madrileña el Marqués de Cubas, Agustín Ortiz de Villajos, Eduardo Adaro, José Marañón, Miguel Aguado, Ricardo Velázquez Bosco y otros maestros anónimos.

Pues bien, la reacción que siguió al noventa y ocho consistió en negar la casa madrileña y, en general, la arquitectura del pasado inmediato por considerarla falta de raíces hispánicas. La patria herida, ya que no por las armas, quería vencer exhibiendo valores culturales. El grito lo profirió José Urioste y Velada (1850-1909) construyendo el pabellón Nacional de España en la Exposición Universal de París en 1900. Este pabellón mereció los máximos elogios y las mayores distinciones de los organizadores de la Exposición parisina. Parecía que se quería cerrar la herida sufrida por España con el bálsamo de los elogios y distinciones. La obra de Urioste, manejando el estilo plateresco español, se hizo un símbolo del regeneracionismo español, pasado el trauma del noventa y ocho.

En la misma línea siguió el edificio de José López Salaberry para Blanco y Negro en la calle Serrano de Madrid, construido precisamente entre 1898 y 1899. Un evidente cambio se había producido en la mentalidad de los arquitectos que querían responder a esta restauración del sentimiento patrio en la arquitectura. Luis María Cabello Lapiedra (1861-1936) escribe que «el pueblo que abandona su historia y reniega de las creencias, ideas e instituciones que pasadas generaciones le legaron, es pueblo que se abisma en la decadencia, llegando hasta la degradación. Para evitarlo y que resurja una arquitectura nacional que caracterice a nuestra época, no hay más remedio que volver la vista a la tradición como fuente inspiradora».

En el año 1910 se crea la Sociedad Española de Amigos del Arte, institución benemérita que ha durado hasta nuestros días y que con sus exposiciones y publicaciones ha trabajado en el mismo sentido de exaltación de lo nacional. Por su parte, la Sociedad Central de Arquitectos convocó en 1910 un concurso entre arquitectos para que elevaran proyectos imaginarios «inspirados en los estilos genuinamente

nacionales o en cualquiera de los más famosos y típicos monumentos españoles» según rezaban las bases. Se presentaron diecinueve proyectos que fueron estudiados por un jurado compuesto por Lámpez, Repulles y Moya. Se premiaron los de los arquitectos Rucabado, Bellido, López Otero, Yarnoz, Pérez Cobos, Gato y Cabello Lapiedra.

Todo esto supone la indudable resaca del noventa y ocho. Leonardo Rucabado es, a mi entender, el que mejor resume el ideario de este grupo con la elocuencia e imaginación de su lápiz como lo demuestra en la notable casa historicista de la Plaza de Canalejas de Madrid.

Este regeneracionismo aparece «incontínente» en la Gran Vía de Madrid, la última de las grandes vías españolas, iniciada en 1910 y cuyos edificios están llenos de alusiones al Palacio de Monterrey de Salamanca, a las casonas montañosas o al barroquismo de Pedro de Ribera. Este puzzle da un resultado muy poco afortunado.

Y al final de esta historia nos quedamos con que no hemos ganado nada. Con la desaparición del estilo madrileño de la Puerta del Sol, de la calle Arenal, de la calle Argensola o de la calle Felipe IV, hemos caído en un nacionalismo o regionalismo banal y pegadizo que nos hace prorrumpir en un *delenda est Gran Vía*, para venir a parar en un cosmopolitanismo de gran hotel afrancesado y cosmopolita, algo que nos trajeron los Saínz de los Terreros, los Roji, los Eznarriaga, los Saldaña, y otros de la misma cuerda. A eso, algunos lo han llamado estilo Alfonso XIII. Si se puede denominar así porque sus obras se construyeron durante su reinado, valga la denominación. Si se trata de que representan los gustos de este rey, ya es más dudoso, porque al menos yo no tengo la menor idea de cuales eran éstos.

He dado, como el lector habrá comprobado, gran importancia a la arquitectura como índice significativo de una época y, sobre todo, porque esto no se tiene en cuenta por casi nadie y desde luego tampoco por los grandes escritores de la generación del noventa y ocho. En cambio, se da el hecho de la gran identificación de los escritores con los pintores contemporáneos. Algunos escritores como Rusiñol son a la vez grandes pintores. Pío Baroja tiene un hermano, Ricardo que es un original pintor y un interesante aguafortista. Gustavo de Maeztu, pintor, escribió algunas novelas disparatadas y folletinescas según opinión del propio autor. No era inverosímil que Ramiro, su hermano, escritor y periodista, tuviera estrecho contacto con los círculos artísticos.

Pintores muy relacionados con los hombres de la generación del noventa y ocho son Regoyos, Zuloaga, Solana, Beruete, Sorolla y los hermanos Zubiaurre, Ramón y Valentín. Una de las hermanas de los Zubiaurre se casó con un crítico de arte y ensayista notable, Juan

de la Encina. Todo esto da lugar a una vinculación entre escritores y pintores como no se ha dado nunca y a una comunidad de gustos orientada por la común admiración al Greco.

Entre los escultores que podían coincidir con la mentalidad del noventa y ocho señalaríamos a Julio Antonio (1889-1919), Vitorio Macho (1887-1966) y Emiliano Barral (1896-1936). Aunque su trayectoria se produce bastante después de la trágica fecha. Mariano Benlliure (1862-1947) coincide cronológicamente mejor con la resaca del noventa y ocho pero, como su coetáneo Agustín Querol, (1860-1909) no comulga con los ideales y la mentalidad de los escritores que dan la pauta del clima de la época.

Tampoco se trata ahora de hacer una historia del arte en el tránsito del siglo XIX a XX y creo que con las notas apuntadas y, salvadas sus imperfecciones, hemos intentado dar una visión de lo que era el arte, la arquitectura y el urbanismo en aquella sonada fecha de hace cien años.